

---

# DESDOBLAMIENTO EN MÁSCARA DE TODOS, LA REALIDAD Y EL DESEO Y OTROS



Olga Orozco

---

**Olga Orozco** Poeta argentina (1910-2000).

## **Gramma**

Universidad del Salvador, Argentina

ISSN: 1850-0153

ISSN-e: 1850-0161

Periodicidad: Bianaual

vol. 32, núm. 66, 2021

revista.gramma@usal.edu.ar

## DESDOBLAMIENTO EN MÁSCARA DE TODOS

Lejos,  
de corazón en corazón,  
más allá de la copa de niebla que me aspira desde el fondo del vértigo,  
siento el redoble con que me convocan a la tierra de nadie.  
(¿Quién se levanta en mí?  
¿Quién se alza del sitio de su agonía, de su estera de zarzas,  
y camina con la memoria de mi pie?)  
Dejo mi cuerpo a solas igual que una armadura de intemperie hacia adentro  
y depongo mi nombre como un arma que solamente hiere.  
(¿Dónde salgo a mi encuentro con el arrobamiento de la luna contra  
el cristal de todos los albergues?)  
Abro con otras manos la entrada del sendero que no sé adónde da  
y avanzo con la noche de los desconocidos.

(¿Dónde llevaba el día mi señal, pálida en su aislamiento,  
la huella de una insignia que mi pobre victoria arrebató al tiempo?)

Miro desde otros ojos esta pared de brumas  
en donde cada uno ha marcado con sangre el jeroglífico de su soledad,  
y suelta sus amarras y se va en un adiós de velero fantasma hacia el naufragio.  
(¿No había en otra parte, lejos, en otro tiempo, una tierra extranjera,  
una raza de todos menos uno, que se llamó la raza de los otros,  
un lenguaje de ciegos que ascendía en zumbidos y en burbujas hasta la sorda noche?)  
Desde adentro de todos no hay más que una morada bajo un friso de máscaras;  
desde adentro de todos hay una sola efigie que fue inscrita en el revés del alma;

---

desde adentro de todos cada historia sucede en todas partes:  
no hay muerte que no mate, no hay nacimiento ajeno ni amor deshabitado.  
(¿No éramos el rehén de una caída, una lluvia de piedras desprendida del cielo,  
un reguero de insectos tratando de cruzar la hoguera del castigo?)  
Cualquier hombre es la versión en sombras de un Gran Rey herido en su costado.

Despierto en cada sueño con el sueño con que Alguien sueña el mundo.  
Es víspera de Dios. Está uniendo en nosotros sus pedazos.

#### LA REALIDAD Y EL DESEO

a Luis Cernuda

La realidad, sí, la realidad,  
ese relámpago de lo invisible  
que revela en nosotros la soledad de Dios.

Es este cielo que huye.  
Es este territorio engalanado por las burbujas de la muerte.  
Es esta larga mesa a la deriva  
donde los comensales persisten ataviados por el prestigio de no estar.

A cada cual su copa  
para medir el vino que se acaba donde empieza la sed.  
A cada cual su plato  
para encerrar el hambre que se extingue sin saciarse jamás.  
Y cada dos la división del pan:  
el milagro al revés, la comunión tan solo en lo imposible.  
Y en medio del amor,  
entre uno y otro cuerpo la caída,  
algo que se asemeja al latido sombrío de unas alas que vuelven  
desde la eternidad, al pulso del adiós debajo de la tierra.

La realidad, sí, la realidad:  
un sello de clausura sobre todas las puertas del deseo.

#### SI ME PUEDES MIRAR

Madre: es tu desamparada criatura quien te llama,  
quien derriba la noche con un grito y la tira a tus pies como un telón caído  
para que no te quedes allí, del otro lado,  
donde tan solo alcanzas con tus manos de ciega a descifrarme en medio de un muro de fantasmas  
hechos de arcilla ciega.  
Madre: tampoco yo te veo,  
porque ahora te cubren las sombras congeladas del menor tiempo y la mayor distancia,  
y yo no sé buscarte,  
acaso porque no supe aprender a perderte.  
Pero aquí estoy, sobre mi pedestal partido por el rayo,

vuelta estatua de arena,  
puñado de cenizas para que tú me inscribas la señal,  
los signos con que habremos de volver a entendernos.  
Aquí estoy, con los pies enredados por las raíces de mi sangre en duelo,  
sin poder avanzar.  
Búscame entonces tú, en medio de este bosque alucinado  
donde cada crujido es tu lamento,  
donde cada aleteo es un reclamo de exilio que no entiendo,  
donde cada cristal de nieve es un fragmento de tu eternidad,  
y cada resplandor, la lámpara que enciendes para que no me pierda entre las galerías de este mundo.  
Y todo se confunde.  
Y tu vida y tu muerte se mezclan con las mías como las máscaras de las  
pesadillas.  
Y no sé dónde estás.  
En vano te invoco en nombre del amor, de la piedad o del perdón,  
como quien acaricia un talismán,  
una piedra que encierra esa gota de sangre coagulada capaz de revivir en el más imposible de los sueños.  
Nada. Solamente una garra de atroces pesadumbres que descorre la tela de otros años  
descubriendo una mesa donde partes el pan de cada día,  
un cuarto donde alisas con manos de paciencia esos pliegues que graban en mi alma la fiebre y el terror,  
un salón que de pronto se embellece para la ceremonia de mirarte pasar  
rodeada por un halo de orgullosa ternura,  
un lecho donde vuelves de la muerte solo por no dolernos demasiado.  
No. Yo no quiero mirar.  
No quiero aprender otra vez el nombre de la dicha en el momento mismo en que roen su rostro los  
enormes agujeros,  
ni sentir que tu cuerpo detiene una vez más esa desesperada marea que lo lleva,  
una vez más aún,  
para envolverme como para siempre en consuelo y adiós.  
No quiero oír el ruido del cristal trizándose,  
ni los perros que aúllan a las vendas sombrías,  
ni ver cómo no estás.  
Madre, madre, ¿quién separa tu sangre de la mía?,  
¿qué es eso que se rompe como una cuerda tensa golpeando las entrañas?,  
¿qué gran planeta aciago deja caer su sombra sobre todos los años de mi vida?  
¡Oh, Dios! Tú eras cuanto sabía de ese olvidado país de donde vine,  
eras como el amparo de la lejanía,  
como un latido en las tinieblas.  
¿Dónde buscar ahora la llave sepultada de mis días?  
¿A quién interrogar por el indescifrable misterio de mis huesos?  
¿Quién me oirá si no me oyes?  
Y nadie me responde. Y tengo miedo.  
Los mismos miedos a lo largo de treinta años.  
Porque día tras día alguien que se enmascara juega en mí a las alucinaciones y a la muerte.  
Yo camino a su lado y empujo con su mano esa última puerta,  
esa que no logró cerrar mi nacimiento  
y que guardo yo misma vestida con un traje de centinela funerario.  
¿Sabes? He llegado muy lejos esta vez.  
Pero en el coro de voces que resuenan como un mar sepultado

no está esa voz de hoja sombría desgarrada siempre por el amor o por la cólera;  
en esas procesiones que se encienden de pronto como bujías instantáneas  
no veo iluminarse ese color de espuma dorada por el sol;  
no hay ninguna ráfaga que haga arder mis ojos con tu olor a resina;  
ningún calor me envuelve con esa compasión que infundiste a mis huesos.  
Entonces, ¿dónde estás?, ¿quién te impide venir?  
Yo sé que si pudieras acariciarías mi cabeza de huérfana.  
Y sin embargo sé también que no puedes seguir siendo tú sola,  
alguien que persevera en su propia memoria,  
la embalsamada a cuyo alrededor giran como los cuervos unos pobres jirones de luto que alimenta.  
Y aunque cumplas la terrible condena de no poder estar cuando te llamo,  
sin duda en algún lado organizas de nuevo la familia,  
o me ordenas las sombras,  
o cortas esos ramos de escarcha que bordan tu regazo para dejarlos a mi lado cualquier día,  
o tratas de coser con un hilo infinito la gran lastimadura de mi corazón.

#### EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

¿Acaso es nada más que una zona de abismos y volcanes en plena ebullición, predestinada a ciegas para las ceremonias de la especie en esta inexplicable travesía hacia abajo? ¿O tal vez un atajo, una emboscada oscura donde el demonio aspira la inocencia y sella a sangre y fuego su condena en la estirpe del alma? ¿O tan solo quizás una región marcada como un cruce de encuentro y desencuentro entre dos cuerpos sumisos como soles? No. Ni vivero de la Perpetuación, ni fragua del pecado original, ni trampa del instinto, por más que un solo viento exasperado propague a la vez el humo, la combustión y la ceniza. Ni siquiera un lugar, aunque se precipite el firmamento y haya un cielo que huye, innumerable, como todo instantáneo paraíso.

A solas, solo un número insensato, un pliegue en las membranas de la ausencia, un relámpago sepultado en un jardín.

Pero basta el deseo, el sobresalto del amor, la sirena del viaje, y entonces es más bien un nudo tenso en torno al haz de todos los sentidos y sus múltiples ramas ramificadas hasta el árbol de la primera tentación, hasta el jardín de las delicias y sus secretas ciencias de extravío que se expanden de pronto de la cabeza hasta los pies igual que una sonrisa, lo mismo que una red de ansiosos filamentos arrancados al rayo, la corriente erizada reptando en busca del exterminio o la salida, escurriéndose adentro, arrastrada por esos sortilegios que son como tentáculos de mar y arrebatan con vértigo indecible hasta el fondo del tacto, hasta el centro sin fin que se desfonda cayendo hacia lo alto, mientras pasa y traspasa esa orgánica noche interrogante de crestas y de hocicos y bocinas, con jadeo de bestia fugitiva, con su flanco azulado por el látigo del horizonte inalcanzable, con sus ojos abiertos al misterio de la doble tiniebla, derribando con cada sacudida la nebulosa maquinaria del planeta, poniendo en suspensión corolas como labios, esferas como frutos palpitantes, burbujas donde late la espuma de otro mundo, constelaciones extraídas vivas de su prado natal, un éxodo de galaxias semejantes a plumas girando locamente en el gran aluvión, en ese torbellino atronador que ya se precipita por el embudo de la muerte con todo el universo en expansión, con todo el universo en contracción para el parto del cielo, y hace estallar de pronto la redoma y dispersa en la sangre la creación.

El sexo, sí,

más bien una medida:

la mitad del deseo, que es apenas la mitad del amor.

**SEÑORA TOMANDO SOPA**

Detrás del vaho blanco está la orden, la invitación o el ruego,  
cada uno encendiendo sus señales,  
centelleando a lo lejos con las joyas de la tentación o el rayo del peligro.  
Era una gran ventaja trocar un sorbo hirviente por un reino,  
por una pluma azul, por la belleza, por una historia llena de luciérnagas.  
Pero la niña terca no quiere traficar con su horrible alimento:  
rechaza los sobornos del potaje apretando los dientes.  
Desde el fondo del plato asciende en remolinos oscuros la condena:  
se quedará sin fiesta, sin amor, sin abrigo,  
y sola en lo más negro de algún bosque invernal donde aúllan los lobos  
y donde no es posible encontrar la salida.

Ahora que no hay nadie,  
pienso que las cucharas quizá se hicieron remos para llegar muy lejos.  
Se llevaron a todos, tal vez, uno por uno,  
hasta el último invierno, hasta la otra orilla.  
Acaso estén reunidos viendo a la solitaria comensal del olvido,  
la que traga este fuego,  
esta sopa de arena, esta sopa de abrojos, esta sopa de hormigas,  
nada más que por puro acatamiento,  
para que cada sorbo la proteja con los rigores de la penitencia,  
como si fuera tiempo todavía,  
como si atrás del humo estuviera la orden, la invitación, el ruego.